

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 4º Tiempo ordinario)

“ Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor), y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: Un par de tórtolas, o dos palominos. Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor según promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, Porque han visto mis ojos a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos. Luz para alumbrare a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. Simeón los bendijo diciendo a María su Madre: Mira este está puesto para que muchos en Israel, caigan y se levanten y para señal que será discutida para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.

Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido siete años casada y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.”

(Lucas 2,22-40)

Al coincidir este cuarto domingo del tiempo ordinario con la celebración de la Presentación de Jesús en el Templo, la liturgia nos ofrece, con este texto de Lucas, la única referencia a Jesús, que aparece en los evangelios, desde su nacimiento, hasta el Bautismo, a partir de ahí, comenzará su caminar anunciando su Mensaje.

Como señalaba la ley, María y José presentan al Niño en el Templo. Y allí se manifiesta como Mesías al ser reconocido como “Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel “. Así lo proclaman los ancianos Simeón y Ana, creyentes sencillos, con el corazón abierto para acoger el Plan de Dios sobre ellos y sobre su Pueblo.

Envueltos en las sombras de un mundo roto por las guerras, la violencia y las injusticia; dividido por la desigualdad, la falta de comunicación y diálogo, de compasión y solidaridad, necesitamos como Simeón y Ana, reconocer al Señor como “Luz para alumbrar a las naciones..” Necesitamos su luz para alumbrar y clarificar posturas y decisiones personales y colectivas. Necesitamos que su luz, siga iluminando los caminos, hacia un mundo en armonía y paz.

El texto de Lucas, concluye con una sencilla referencia a Jesús, que sigue su largo proceso de crecimiento en silencio y en fe., porque la fuerza de Dios está con El. Que sigamos acogiendo con esperanza su luz y su fuerza, en este caminar hacia un mundo sin sombras.

Atenta a tu Palabra,
me dejas llevar
a ese largo proceso
de tu crecimiento, Señor,
en sabiduría y gracia,
en silencio y con fe.
Y te pido
que me ayudes a vivir
con paciencia histórica,
los procesos personales
y colectivos,
con la esperanza
de que la gestación de la semilla,
dará frutos de vida.

En el relato
de tu Presentación en el Templo,
dos ancianos
creyentes sencillos,
te reconocen y te proclaman
“Luz para alumbrar a las naciones
gloria de tu pueblo Israel”,
y acogen con esperanza
tu Plan de liberación
para su Pueblo.

Y hoy, ante las sombras
que cubren muchas realidades
de nuestras vidas
y nuestro mundo,
vengo a repetirte,
que necesitamos tu luz.

Necesitamos tu luz
para clarificar nuestras sombras,
para iluminar sentimientos, actitudes,
ante compromisos o decisiones
que deberíamos tomar.
Necesitamos
dejarnos envolver en tu luz,

hecha Presencia
que ilumina, caldea e impulsa.

Necesitamos que tu luz
haga brillar
todo lo bueno
que nace y crece
en el corazón de las personas:
la compasión y la ternura;
la sensibilidad ante el dolor
del otro;
la solidaridad personal
y colectiva,
los servicios sencillos
que alegran lo cotidiano;
los procesos silenciosos
que van tejiendo
por abajo y por dentro,
espacios de acogida
armonía y solidaridad.
Y necesitamos tu luz,
para iluminar
caminos compartidos
hacia un mundo en paz.

Y que, como Simeón y Ana,
acojamos y proclamemos tu luz,
como creyentes sencillos,
que en silencio y en fe,
caminamos con esperanza,
hacia el mundo
que soñamos contigo,
un mundo en el que el sol
brillará para todos,
porque ya no habrá sombras
que oscurezcan, distancien
ni dividan,
porque seremos uno,
en el corazón de la Misericordia.
Amén.

(F. Oyonarte, hcsa)

